

CAPÍTULO II.

Luxô.

El luxô se pinta hoy como causa principal del esplendor de la sociedad civil, en que hemos aparecido los presentes despues que el luxô la ha hecho del todo brillante; y porque su gran brillo quizá deslumbrará nuestra vista, y no nos permitirá descubrir bien la feroz y tenebrosa naturaleza del luxô, con que nos hemos domesticado, convendrá apelar, y remitirnos á la vista y al juicio de un antiguo español, no ya de aquellos que empezaron á poblar España, sino de los que vivian apénas tres siglos ha, en tiempo en que entre sus habitantes reynaban la abundancia, el poder y la sabiduría. Este español no existe ya entre nosotros: hagámosle resucitar. Me figuro que este, resucitado al parecer entre sus nacionales, andaria por calles y plazas, como otro Diógenes (1), á la mitad del dia con una lamparilla en la mano, diciendo: *hominem hispanum quero*, busco en España un español. Le buscaria en toda ella, y quizá en toda ella no encontraria el español que buscaba. Empezaria, me figuro, el resucitado á observar con atencion á todos quantos encontrase y viese: observaria que unos estaban vestidos á la francesa, y otros á la ita-

(1) *Diogenis Laertii, de vitis philosophor. libri X. gr. et lat. edente Marco Meibomio. Amstelodami 1692. 4. lib. 6. Diogenes Sinopensis, n. 32. Cum clamasset aliquando Diogenes: heus homines, convenissent que phirithi, baculo illos agebat dicens: homines, non purgamenta vocavi. Num. 41. Lucernam intra diu accendens, hominem, agebat quero.*

italiana: unos á la úngara, y otros á la turca, ó á la oriental, ó á la africana; y ninguno á la española. A vista de tanta variedad de vestidos, que en su tiempo distinguian las naciones, creeria que habia resucitado en pais de feria universal, adonde todas las naciones del mundo, ménos la española, habian concurrido. Mas la que veo no puede ser feria, diria el resucitado; porque no veo tiendas, géneros, ni aparatos mercantiles, que son propios de ella: no veo compradores ni vendedores, ¿será por ventura tiempo de máscaras, y los que juzgo ser forasteros, serán mis paisanos enmascarados? Mas esto no parece posible; porque no es creible que estén enmascarados todos quantos encuentro, niños y viejos, hombres y mugeres, pobres y ricos; y si el vestido es de enmascarados, falta lo principal, que es la máscara en la cara.

Si el resucitado se acercaba á observar en sus creidos nacionales ó paisanos la fisonomía y las acciones ¿los distinguiria ó conoceria? Nada ménos, pues que en su tiempo habria visto á las mugeres con su color natural; y ahora las veria llenas de afeytes y colores postizos: ántes habria visto á los hombres con caras de hombres, y ahora los veria con caras de eunucos ó de mugeres. En estas habria visto ántes el pundonor y recato, el retiro y la compostura honrada en sus vestidos y acciones: y en los hombres, brio varonil, gravedad y aplicacion á sus empleos; y ahora en todos veria ociosidad, desenvoltura y ligereza en hablar y obrar. ¿Los conoceria por el metal de su voz? Sin duda alguna que no los conoceria; porque al oír hablar á las mugeres con boca repulgada, y voz desmayada, creeria que eran de nacion naturalmente perlática ó enferma. ¿Y qué disonancia le causaria el metal de voz de los hombres? Estos, por sus melindres, y por su modo de hablar, le parecerian

las mugeres de su tiempo. ¿Los distinguiría por el idioma? No sé si los distinguiría. Ciertamente un español del siglo VI.^o, oyendo hablar á sus nacionales, por el acento de las letras guturales los equivocaría con los árabes. Si el español fuera del siglo XV.^o, oyendo hablar á sus paisanos, ignoraría el sentido de muchas palabras y expresiones de ellos, si no entendía el frances, ingles é italiano, á quienes deben su origen. Vería un esqueleto del antiguo idioma español, en que la moda habia introducido nuevas palabras, no para enriquecerle, sino para desterrar otras tantas nacionales: no para que las palabras introducidas correspondiesen á nuevas ideas, sino para que explicasen las antiguas. ¿Conocería el resucitado á sus nacionales por el modo de tratarse, dándose á cada momento los vanos é hinchados títulos de excelencia, ilustrísima y señoría? En mi tiempo diria, se usaba el título de meser (ó mi señor), aun sonaba bien el de rico-home (al que hoy se ha substituido el de noble), y por distincion particular y debida á los hijos del soberano, se les daban los títulos de excelencia é ilustrísima. Si el resucitado entrase en las casas de sus nacionales, y los viese comer ¿los conocería? ¿Cómo es posible que los conociere al ver en sus mesas tanta variedad de manjares y salsas á la francesa, á la china, á la malabarica y á la americana? Antes bien en este caso volveria á confirmarse en su primer pensamiento, juzgando que él habia resucitado en un país en que todas las naciones del mundo, ménos la española, habian concurrido. ¿Y qué diremos, si observase bien sus costumbres, y su modo de pensar? Se puede juzgar que el resucitado, al ver y oír tantas cosas no vistas ni oídas en su tiempo, quedaria confuso y atónito, dudando si la nacion española habia desaparecido del

orbe terráqueo, y si en España habia entrado á substituir la una nueva nación, de que en su tiempo no habia memoria, ni hacian mencion Plinio, Mela, Estrabon, Tolomeo, ni otro geógrafo antiguo.

Hagamos justicia á la razon: esta, sin necesidad de resucitado alguno, por sí misma y con la ayuda y luz de la historia, nos hará conocer que las modas y el luxo vicioso han desfigurado lo mejor que tenian las naciones antiguas, y que por estos males las familias, las poblaciones, y toda la sociedad padecen nuevas miserias que hacen mas y mas desgraciada la suerte de la afligida humanidad. Demos pues una simple ojeada á la historia maestra, y fiel depositaria de los hechos humanos, para descubrir el entusiasmo y la preocupacion funesta de tantos ignorantes políticos que, defendiendo el luxo, patrocinan un vicio, con que el estado se arruina, se disminuye la poblacion, y las reliquias de ésta se envuelven en el error y en la miseria. Veamos los funestos efectos de este monstruo de la humanidad, el qual, desfigurándose, aparece sirena encantadora á muchos que se quieren llamar políticos.

§. I.

Efectos del lujo en los antiguos imperios
y naciones.

Los egipcios, cuyo imperio no cede á ninguno otro en antigüedad y buen establecimiento, por el curso de los primeros diez y siete siglos de su sociedad civil, no reconocieron el lujo. Tuviéron, dice Diodoro Sículo, por muchas edades vida frugalísima; y entónces vivían dentro de sí mismos, y separados de las demas naciones, sin admitir forasteros, ni novedad alguna en sus usós y leyes, como actualmente se conservan los chinos. La frugalidad era su carácter, y el fundamento de su felicidad y poder. Los sacerdotes, los jueces y los soldados (que formaban la clase alta del reyno, constando la baxa de labradores, pastores y artesanos), se distinguían en el honor personal, como personas que inmediatamente sostenían los derechos religiosos y los de la sociedad, haciéndola racional, segura y estable, los demas egipcios, pertenecientes á la clase baxa, eran iguales; pues entre ellos se distinguía solamente el mérito personal, y no se reconocía la distincion novicia y hereditaria de nobles y plebeyos, que es una de las causas fundamentales del lujo. La ley determinaba á cada egipcio su empleo ú oficio, que se perpetuaba de padre en hijo en la familia: providencia introducida despues que los de la clase alta se unieron, é introduxéron una desigualdad hereditaria de empleos, que se oponían á la igualdad con que nació y se formó felizmente la sociedad. Este desorden no pasó á ser mayor, porque las leyes le pusieron límites, disponiendo que los hijos de labra-

dores, pastores y artesanos, debiesen de heredar los oficios de los padres. Se arregló todo por las leyes, para que no se alterase mas la armonía de la sociedad civil; y miéntras el Egipto duró en esta constitucion legal y política, todo fué felicidad y grandeza, que hasta ahora se admiran y oyen con placer; y si se hubiera mantenido siempre en este estado, ó como se formó, disputaría hoy su grandeza y antigüedad al poderoso y antiquísimo imperio de la China. "Diodoro (1) Sículo dice que Egipto »tuvo mas de diez y ocho mil ciudades, y era el »reyno mas poblado que se conocía. Tebas, añade, »llamada *Hecatonpylos* por sus cien puertas, era tan »grande que salieron de ella (segun se cuenta) veinte mil carros militares: debaxo del cielo no había »ciudad mas magnífica por la abundancia de oro, »plata, marfil, estatuas y obeliscos." Mela (2) dice que Egipto, en tiempo del rey Amasis, tenía veinte ciudades; y que por cada una de las cien puertas que tenía Tebas, podían salir diez mil ciudadanos armados. La laboriosidad y las riquezas en Egipto eran tales, como lo demuestra la relacion uniforme y cierta de las obras magníficas que hicieron sus reyes, y de las pocas que aun quedan, y convidan la curiosidad del viajante, y á su vista le llenan de admiracion. La magnificencia y soberbia de tales obras, á cuya empresa cedería la animosidad del

(1) Diodoro Sículo, *Bibliotheca historica gr. et lat. interpr. Laurentio Rhodano*. Hanovix 1604. fol. vol. 2. Se notan las páginas de la edicion de Stefano. En el vol. 1. lib. 1. seccion 2. páginas 41. 66. que corresponden á las páginas 28. 46. de la edicion Stefaniana.

(2) Pomponio Mela, *de sina orbis*, lib. 1. cap. 9.

príncipe mayor de Europa, parecerian increíbles si la autoridad de la historia no se confirmase con el testimonio ocular de muchos viajeros que nos describen los monumentos que aun duran. Los despojos de Egipto forman hoy la principal magnificencia de Roma, ciudad actualmente la mas brillante del mundo por sus fábricas. Esto llegó á ser el Egipto quando sus moradores vivian sin luxo rebosando en abundancia y poder con su frugalidad. Llegó el tiempo en que esta empezó á desaparecer en el Reynado de Sesostris, llamado Sesac en los libros sagrados. Este príncipe, cogiendo los frutos de la frugalidad antigua, en nueve años hizo en Africa, Asia y Europa conquistas superiores á las que consiguió la ambicion de Alexandro Magno para dilatar su imperio hasta los términos de la tierra: "pues, no solamente penetró en los países que despues conquistó Alexandro, sino tambien en otros en que este no entró. Extendió sus conquistas mas allá del Ganges y del Tanais: domó la Armenia, Capadocia y Asia menor, en que Herodoto vió inscripciones suyas; y sus conquistas en Europa llegaron hasta Francia, en que tambien se han encontrado inscripciones." (2) Con estas inmensas conquistas Egipto dilató su poder, é hizo suyos los vicios de los conquistados: paga comun que estos dan á los conquistadores. Sesostris para ser conquistador tuvo ántes necesidad de ser vicioso, y hacer viciosa su nacion. Animado de la ambicion de las conquistas, para obligar

(1) Diodoro Siculo citado, p. 50. que corresponde á la p. 35. de la edicion de Stefano.

(2) Monseñor Bossuet, histoire univ. vol. 4. chap. 3.

gar á ellas al pueblo, compró su amor con la injusticia de perdonar todos los reos, y cautivar á sus súbditos con la profusion de dones. Empezó á vulnerar las leyes de la monarquía, é introduxo en ella la opulencia y la ociosidad. Levantó obeliscos y fábricas soberbias, y en cada ciudad de Egipto hizo un templo, en que puso la siguiente inscripcion (1): NINGUN NATURAL DE EGIPTO HA TRABAJADO. Se valió de los extráneros esclavos para hacer las fábricas reales. Egipto entónces empezó á sumergirse en la ociosidad y luxo. Así con razon nota Bossuet (2), con el comun de los historiadores, que Sesostris fué el primero que en Egipto introduxo la molicie de costumbres, á la que sucedieron el desórden, la discordia y su ruina.

Los pasos de esta se aceleraron con la permission que el rey Psammético (3) dió á los forasteros para establecerse en Egipto, lo qual hasta su tiempo, si no eran conquistados, les habia sido inaccesible baxo la pena de esclavitud: pena que, desde tiempo inmemorial, se usa en la China, y en el siglo pasado se puso en el Japon contra todas las naciones, ménos la china y holandesa que entran en él, con el pacto de estar siempre en prision. Egipto enmedio de su luxo fué saqueado de los persas, los quales en tiempo de Cambises le robáron sus artesanos y riquezas, con que fundáron sus magníficas cortes de

(1) Diodoro citado, p. 51. que corresponde á la p. 36. de la edicion de Stefano.

(2) Mons. Bossuet en el lugar citado.

(3) Diodoro citado, p. 61. que corresponde á la p. 43. de la edicion de Stefano.

de Persépolis y Susa, é introduxéron el luxo que los habia de arruinar, y que como peste pasó de los persas á los griegos, y de estos á los romanos para ruina total, como se probará inmediatamente.

A los egipcios robáron el luxo los persas. Poco me debo detener en referir los estragos y ruina total que en estos causó el robo; porque todos los historiadores antiguos y modernos conocen y convienen, en que el luxo arruinó el imperio de los persas. "Si se lee la historia de estos, y se comparan los que florecieron ántes de Ciro con los que le sucedieron inmediatamente, no se podrá creer, como nota bien Rollin (1), que todos fuesen de una misma nacion... El imperio persiano nos hace ver claramente que el luxo y la relaxacion de costumbres arrastran tras de sí la ruina de un estado." Los príncipes de Persia llegaron á hacerse víctimas del luxo: este era tanto que, como dicen Ciceron (2) y Valerio Máximo, Xerxes, colmado de premios y dones de fortuna, no contento con su inmenso ejército, ni con el infinito peso del oro, propuso premios á los que hallasen un nuevo deleite. De la profusion en los convites de los persas se habla en los libros (3) sagrados. Ateneo (4) habla así de su luxo: "Xenofonte escribe que por todo el mundo se busca lo que puede ser agradable y gustoso al rey

»de

(1) Rollin, histoire ancien. vol. 2. lib. 4. chap. 4.

(2) Cicer. lib. 5. *Tusculanar. questionum*. Valerio Máximo, lib. IX. cap. XI.

(3) Véanse cap. 1. del libro de Ester, y el lib. 3. cap. 3. de los libros de Esdras.

(4) Ateneo citado ántes en el trat. 2. cap. 1. *Dinosophist*. cap. 10. p. 144. 146.

»de los persas en el comer y dormir Comiendo por lo comun con sus amigos (que eran sesenta ó setenta) Alexandro Magno, gastaba cada dia cien dragmas... mas el rey de los persas come con quin- ce mil hombres, y gasta quatrocientos talentos, que hacen doscientos quarenta mil dineros italia- nos... si los griegos (1) se hubieran dado á este lu- xo, de nada les habria servido el oponerse y pelear con los persas en Platea, pues ninguno debería haber esperado alcanzar la victoria." Herodoto (2) escribe: "los persas adoptan facilísimamente las cos- tumbres extrangeras... y procuran gozar de todos los deleites que llegan á su noticia." Conviene actualmente á las naciones europeas esta descripcion que Herodoto hace de los persas. Entre estos el luxo no reconocia límites de gasto, ni de tiempo: ¿quál seria el de las ciudades, quando sus exércitos salian á la guerra mas cargados de preciosidades que de armas; y con tantas riquezas, como si fueran á hacer ostentacion pomposa de ellas; y hubiera de destruir á los enemigos su vista, mas que el golpe de las espadas? El luxo de los persas hizo por fin en ellos lo que habia hecho en los egipcios. Los persas y sus riquezas cayéron en poder de los griegos, alegres y triunfantes con una victoria que les habia de causar su ruina.

Quan-

(1) Ateneo cap. 12. p. 148. Platea ciudad de Beocia, en que los atenienses vencieron á Mardonio general de Xerxes en el año 275 de la fundacion de Roma.

(2) Herodoto citado ántes en el trat. 1. cap. 2. lib. 1. n. 135. Véase tambien lib. 9. n. 81. Sobre el luxo de los persas véase la obra de Bernabé Brissonio *de regio persarum principatu*, París 1606. 4. en el lib. 1. p. 70. y en el lib. 2. p. 205.

Quando los griegos vivian segun las máximas de frugalidad y moderacion que les habian dado sus legisladores, miraban con desprecio, como dice Bosuet citado, á los asiáticos que, con su delicadeza en el vivir, y con sus adornos de cuerpo, no atendian sino á la pompa y luxuria. Xerxes preguntó (1) sobre el carácter de la Grecia á Demarato; y este le respondió, que ella habia sido siempre alumna de la pobreza, y depositaria de la virtud adquirida con la sabiduría y disciplina severa. Sucede la guerra del Peloponeso; y luego la Grecia empezó á admitir dentro de su seno el lujo. Este, introducido en parte con las mercaderías de los fenicios (2), se aumentó con los artesanos, y con las riquezas que le dió la Persia vendida; y llegó al exceso que demuestran bien los inmensos gastos que se empezaron á hacer en los teatros. Eran tantos que, como refiere Plutarco (3), gastaron mas en la representacion de seis tragedias, que en defender el imperio y la libertad contra los bárbaros en la guerra del Peloponeso, que duró veinte y siete años. Nacion que en un corto número de diversiones teatrales gastaba tanto como en la mayor guerra para defender su libertad, debia estar embriagada con el lujo. Con este se corrompiéron y afemináron todas las naciones de Grecia, y las que habian sido siem-

(1) Herodoto, lib. 7. n. 102.

(2) Pedro Victorio, *variar. lection.* Florent. 1568. 4. lib. 12. cap. 4.

(3) *Plutarchi Cheronensis opera gr. ac lat. interpretib. Herm. Eruserio et Gulielmo Xylandro.* Francof. 1599. fol. vol. 2. corresponde á las páginas de esta edicion lá de Paris: interpret. G. Xylandro 1624. fol. vol. 2. En el vol. 2. p. 349. Tratado de la gloria de los atenienses.

siempre discípulas de la frugalidad, rigidez y laboriosidad, aparecieron maestras de la ociosidad y del lujo. La gente lidia era dada al lujo y á la molicie, segun Ateneo (1). "Ciro, dice Herodoto, hizo que los lidios degenerasen en mugeres con la música, con los vestidos y con la vida mole... fueron los primeros que inventáron los juegos que hoy se usan en Grecia: los que empezáron á cuñar el oro y la plata; y los primeros mesoneros y regatones." Los jonios se hiciéron famosos por sus bayles y molicie (2). Los frigios por su lujo y desidia se mereciéron el renombre de medio-hombres (3). Los efesinos, como insinúa Estrabon (4), desterráron la frugalidad: su ciudad, emporio del Asia, lo fué del lujo. "Los atenienses, dice Justino (5), gastan profusamente en lujo, placeres corporales y juegos, las rentas públicas que antiguamente empleaban en el ejército; visitan mas frecuentemente los teatros que los reales, alabando mas á los versificadores que á los capitanes. El tribu-

(1) Véase *Is. Casauboni animadversiones in Atheni diphnosofistas lib. XV.* Lugd. 1621. fol. lib. 15. cap. 12 p. 997.

(2) Plauto en la comedia *Sthicus*, act. V. scen. 7. dice: *quis jonicus aut cinedicus, quis hoc tale facere posset?* Horacio (*carminum lib. 3. od. 6.*) dixo: *motus doceri gaudet jonios.* Sexto Propertio (*lib. 1. eleg. 6.*) dixo: *at tu seu mollis quia tendit jonia, seu quia.*

(3) Véase la eneida de Virgilio, lib. 4. verso 215. y lib. 9. verso 614.

(4) *Strabonis geographia gr. ac lat. cum not. Casauboni.* Amst. 1707. fol. En el márgen de esta buena edicion se notan las páginas de la edicion de Paris 1620. p. 642. corresponde á la pag. 950.

(5) *Justini historiar. ex Pompeyo Trogo libri 44.* En el libro 6.

»buto público, con que ántes se mantenian los solda-
 »dos y marineros, se empezó á distribuir entre el
 »pueblo. Con estos ocios de los griegos pudo darse á
 »conocer el vil y obscuro nombre de los macedo-
 »nios; é instruido Filipo de todo, puso el yugo á la
 »cerviz de la Grecia y Asia." Los lacedemonios crue-
 »les consigo mismos por la frugalidad y por el rigor
 »de su educacion, cayéron tambien en el luxo que los
 »arruinó. "Los lacedemonios (1), dice Diodoro Sículo,
 »miéntras se sujetáron á las leyes de Licurgo, salien-
 »do de su pequeñez, en breve tiempo se hicieron po-
 »derosísimos, y por más de quatrocientos años tuvié-
 »ron el principado de la Grecia; mas despues, rela-
 »xándose la observancia de las leyes, y dándose al
 »luxo y á la ociosidad, usáron la moneda, se aban-
 »donáron á la ambicion de juntar riquezas, y per-
 »diéron el principado." Oír que los lacedemonios lle-
 »gáron á abandonarse al luxo, causa la misma disonan-
 »cia que ver á Hércules hilando. Tanto se transforma
 »el carácter de las naciones con el luxo. Causó este en
 »Grecia la misma ruina que habian experimentado Per-
 »sia y Egipto. El luxo fué y será siempre precursor
 »cierto de la corrupcion y ruina de los estados.

Entre los griegos debemos contar los sibaritas, que
 »formaban colonia griega en Italia. "Lo sibaritas, di-
 »ce Diodoro Sículo (2), eran tan dados á la gula y á
 »las delicias, y tan grande era entre ellos la emula-
 »cion en el uso del luxo, que amaban á las naciones

(1) Diod. Siculi, *bibliotheca libri interpr. Laurent. Rhodo-
 mano gr. ac lat.* Amst. 1747. fol. vol. 2. edente Petro Wesselin-
 gio. Edicion excelente vol. 2. excerpta, n. 224. p. 547.

(2) Diodoro Sículo citado, lib. 6. n. 231. p. 549.

»jonía y etrusca mas que á las demas; porque la jo-
 »nia entre las griegas, y la etrusca entre las bárba-
 »ras, eran las mas luxosas y afeminadas. El luxo y
 »la petulancia de los sibaritas, dice Estrabon (1), dié-
 »ron lugar á que los crioriatos, en el breve espacio de
 »setenta dias, les robasen toda su felicidad." De los
 »agrigenos (2), griegos de Sicilia, decia su paisano
 »Empedocles, que se daban tanto á las delicias, como
 »si al dia siguiente hubieran de morir; y fabricaban ta-
 »les palacios, como si su vida fuera eterna.

Pasemos de los griegos á los romanos sus doma-
 »dores, y de las principales naciones que entónces se
 »conocian en el mundo; y veremos que, siendo hé-
 »roes en frugalidad, trabajo y conquistas, perdiéron
 »con el luxo las virtudes, el valor y el imperio. Roma
 »empezó á hacerse grande con la frugalidad, mode-
 »racion y fatiga. Con dificultad, dice Tito-Libio al
 »principio de su historia romana, se encontraria otra
 »nacion, en que estas virtudes fuesen tan comunes y
 »honradas. Este modo de vida duró entre los romanos
 »hasta poco ántes de vegetar las semillas funestas de su
 »imperio, en cuyo principio Roma fué lo que pudo ser,
 »y quanto no será jamas. Contaba, segun algunos au-
 »tores, trece millones de habitantes: toda la Italia era
 »una poblacion continuada, en que, segun Eliano, se
 »contaban mil diez y seis ciudades: ahora, si excep-
 »tuamos la isla de Sicilia, solamente se cuentan qua-
 »trocientas y quince; de las quales algunas merecen el
 »nom-

(1) Estrabon citado, lib. 6. p. 404. que corresponde á la
 »p. 263. de la edicion de Paris.

(2) *Diogenis Laertii de viris philosophor. libri X. gr. ac lat.*
 »edente Marco Meibomio, Amstel. 1698. 4. lib. 8. segm. 63. p. 532.

nombre de aldeas. "En el año 566 de Roma se introduxo en esta, dice Tito-Libio (1), el pernicioso luxo, que tuvo origen en el ejército asiático." Cuenta Tito-Libio los excesos del luxo, introducidos en Roma por el ejército que habia estado en Asia; y añade: "Entónces el cocinero, que entre los antiguos era vilísimo esclavo, empezó á ser estimado; y lo que ántes habia sido servicio, empezó á tenerse por arte. Mas las cosas de luxo, que entónces se veían, apenas eran semillas del que habia de haber después." En dicho año se viéron los triunfos pomposos de Fulvio y Manlio Vulco, y los juegos magníficos, cuyos artesanos fuéron los griegos. He aquí como estos introduxéron entre los romanos el luxo que habian heredado de los persas, herederos de los egipcios. Los jesuitas Catrou y Roville, en su historia romana, al llegar al año 566 de Roma, notan bien, diciendo: "Nos hallamos en un punto de vista, en que es necesario considerar la república romana (2), para pasmarse de su frugalidad, continencia y obediencia en lo pasado, baxo de una disciplina severa é intrépida.... ahora empieza nueva época." Roma con la frugalidad y con el valor se hizo poderosa; y con las riquezas y con el luxo se hizo viciosa, perdió el poder y la libertad, y se quedó infame esclava. "Las inmensas riquezas, dice Nieupoort, que desde el Asia vencida se llevaron á Roma, fuéron perniciosísimas á las costumbres de los romanos... de aquí provienen las leyes que se llaman Suntuarias, como la ley

"Or-

(1) Tito-Libio, histor. lib. 39. an. 566. Urbis.
 (2) *Historia reipublicæ, et imperii romani*, autor G. H. Nieupoort. Venetiæ 1732. 8. vol. 2. lib. 7. c. 1. §. 3.

"Orchia, dada en el año 572 de Roma: la *Tannia*, en el 592: la *Didia*, en el 610: la *Emilia*, quizá en el 638: la *Licinia*, en el 638; y la *Julia*, en tiempo de Octavio Augusto emperador." Antes no se conocían tales leyes, porque no se necesitaban: se conocieron despues con la necesidad; mas el remedio fué inútil é incapaz de curar el mal universal y arraigado. Tantas leyes que en efecto fuéron inútiles, se hubieran tenido en efecto por tales, con una sola, capaz de reproducir entre los romanos su antiguo estado de frugalidad y moderacion. Se intimaban leyes contra el luxo; y los mismos legisladores le promovian. Se cuenta que Julio Cesar dió al comediante Laberio mas de doce mil escudos porque recitase una obra, que él mismo habia compuesto. Horacio y Plinio (1) hablan de un Esopo representante de tragedias, que dexó á su hijo quatrocientos y cinquenta mil escudos, ganados en el teatro; y de Roscio amigo de Ciceron se cuenta, que el erario público le pagaba cada dia cien escudos de renta; y que cada año ganaba por recitar mas de quince mil escudos. Estos salarios y ganancias tan excesivas que hacian los comediantes en tiempo de Julio Cesar, nos hacen conocer que los romanos, embriagados con el luxo, consagraban al vicio el premio que ántes daban á la virtud. En tiempo de Julio Cesar, segun la relacion de Suetonio (2), eran tantos, y tan favorecidos de expectadores los públicos espectáculos, que los forasteros, por no haber muchos en las casas, dormian en las calles; y por el gran concurso y tropel repetidas veces quedáron ahogadas mu-

chí-

(1) Plinio, hist. nat. lib. 10. c. 51. Horacio satyr. lib. 2.
 (2) Suetonio in *Julio Cesar*, cap. 39.